

léjos de comprender los desdenes de nuestros pretendidos sábios, se habrían apoderado de este libro, de este maravilloso revelador, como lo hizo san Juan Evangelista del libro que sostenia el Ángel, lo habrían devorado, y sus enseñanzas habrían sido dulces á sus labios y á su corazón: *Et accepi librum de manu angeli, et devoravi illum, et erat in ore meo tanquam mel dulce* (1).

Se extrañará que me haya ocurrido la idea de ofrecer hoy su lectura á los hombres de mundo.

Mucho tiempo há que tenia proyectado dedicarles una exposicion del Cristianismo, apropiada á sus necesidades y á las exigencias de los tiempos; ¿qué podría hacer mejor que acudir al método catequístico de la Iglesia, y sin esfuerzos de palabras, sin vanos discursos, sin largas discusiones, bajo la sencilla, breve y precisa forma de preguntas y de respuestas incluir en pocas páginas toda la doctrina de Jesucristo, toda la teología católica, toda la enseñanza de la Iglesia? Hé aquí lo que he tratado de hacer.

Digo, pues, con confianza á los hombres de mundo: «El tiempo os falta para instruiros en vuestra «Religion. Vosotros que teneis tiempo para todo, no «lo teneis para este negocio capital; pues bien; «necesitais de tiempo; voy á dispensaros de él. Aquí «teneis un librito, sencillo, claro y corto; una hora os bastará para leerlo; tomad y leed: leed, y «en una hora lo sabréis todo; todo, repito, porque «este libro lo dice todo. Aquí teneis todos nuestros

<sup>1</sup> Apoc. x, 10.

«dogmas con sus fórmulas exactas, con su encadenamiento y su armonía; aquí teneis toda la moral católica; en el fondo, la *Suma* de santo Tomás no contiene nada que no esté en este librito: la *Suma* des-arrolla, explica, confirma todo lo que hay aquí, «pero nada añade.»

Á la primera lectura, á la primera ojeada que se eche sobre este libro, todo hombre sensato, conociendo el valor y la especialidad de sus doctrinas, no dudo que experimentará una sorpresa especial al ver esta multitud de verdades de primer orden acumuladas aquí; sorpresa que se aumentará con otra segunda lectura mas detenida y mas meditada.

Efectivamente, aquellos que despues de haber recorrido esta exposicion hasta el fin, querrán retroceder y consagrar únicamente diez minutos diarios á la lectura atenta y sucesiva de cada uno de los breves capítulos que la componen, encontrarán aquí con prontitud y sin trabajo el mejor alimento que pueda apetecer una inteligencia amiga de la verdad; encontrarán en su fondo y en su espléndida luz la mas grande doctrina que han conocido los hombres.

Porque, no nos cansaremos de repetirlo, todas sus fórmulas, tan breves y tan sencillas, son dogmas sublimes, infinitos, encierran la moral mas perfecta; y cuanto mas de cerca se contemplan, mas se abren á la vista humana magníficos horizontes, y el entendimiento ve que de ese inagotable venero surgen multitud de tesoros.

¡Cuántas cosas se descubren entonces en estas pá-

ginas, en las que no se había reparado á la primera lectura!

Sucede con el Catecismo lo mismo que con el Evangelio, del que no es mas que un resumen.

El P. Lacordaire, hablando con aquella elegancia propia de su frase, de la primera lectura del Evangelio, dijo: «Á los doce años, en la flor de la vida, cuando se nos leyó el Evangelio, cuando se nos habló de Jesucristo, su palabra nos pareció muy dulce, muy sencilla, muy amable; creímos en ella como creíamos en la dulzura, en la simplicidad y en la amabilidad de nuestra propia alma.» Pero por vivas que sean las impresiones de esta primera lectura en una alma de doce años; ¡cuánto mas nos impresionan, cuando despues de haber conocido los acontecimientos de la vida, sus decepciones y sus pesares, volvemos á leer con la virilidad y madurez del pensamiento las páginas del Evangelio! «Entonces, prosigue el P. Lacordaire, no es raro que Jesucristo se poseione nuevamente del alma con un imperio que ya no le será disputado, porque se le habrá concedido en una edad en que nada hablará contra él sino pasiones juzgadas é ignorancias vencidas.»

Ahora bien; tambien puede decirse del Catecismo cristiano, como del Evangelio, que es el libro de todas las edades, porque responde á todas las exigencias y está al alcance de todos los espíritus. Sencillo, reducido y fácil para los niños, abre á los jóvenes vastos y dilatados horizontes; pero la edad madura, sobre todo, encuentra allí una plenitud de doc-

trina, profundidades, sublimidades, luces que corresponden á todas sus aspiraciones, y arrojan sobre todas las importantes cuestiones que nos preocupan acá abajo el resplandor mas vivo y mas seguro. Y el anciano que al declinar su vida viene con una experiencia mayor de las cosas humanas, con una alma mas desencantada y mas ávida de esperanzas, encuentra, á su vez, en el Catecismo una paz suprema, una última revelacion, y, sobre todo, una postrera palabra; el Catecismo es un perfume que reanima su espíritu, es algo de infinito como los desconocidos horizontes que él entreve, y á los cuales toca ya con su trémula mano.

En toda edad el alma tiene aspiraciones que deben ser satisfechas: no hagais el vacío en torno vuestro: el escepticismo no basta á nada, no resuelve nada.

Y las doctrinas filosóficas, aun las mas positivas y las mas afirmativas, ¿contestan, por ventura, á todo? ¿No hay lagunas, sombras, incertidumbres en todos los sistemas humanos?

Pero la doctrina cristiana es superior á toda doctrina y á todo sistema; por su armoniosa unidad, por su admirable plenitud, por sus luminosas soluciones, por sus consoladoras esperanzas, y, sobre todo, por su divina autoridad, «por esa autoridad, dice Mr. Guizot, por la cual el espíritu se inclina sin que el corazón se sienta humillado, y que habla muy alto, no con el imperio del temor sino con el de la necesidad (1).

(1) Me gusta recordar estas otras bellas palabras de Mr. Guizot: «El Catolicismo tiene el espíritu de autoridad. Lo ha sentido por principio y lo pone en práctica con una gran firmeza de



Yo pregunto: ¿dónde se encontrará un compendio religioso mas digno de la justicia, de la sabiduría y de la bondad de Dios?

Y ¿quién no siente, al menos, que el creer es una dicha, quién no envidia la felicidad de los que creen?

Invito á los hombres sinceros á hacer una comparacion: sí; comparad el estado de un alma invadida por la duda en que todas las creencias vacilan, en

«doctrina y un raro conocimiento de la naturaleza humana. «En el Catolicismo está verdaderamente la autoridad. Es verdad que no es ella el principio único del estado social; es cierto que no basta al gobierno de los hombres, pero tambien lo es, que nada basta sin ella; ni el razonamiento sin cesar renovado, ni el interés bien entendido, ni la preponderancia material del número. Donde falta la autoridad, cualquiera que sea la fuerza, la obediencia es precaria ó degradante; está siempre cerca del servilismo ó de la rebellion.

«Y mientras nuestras instituciones y nuestras costumbres «fomentan entre nosotros el espíritu de independencia individual, así en el pensamiento como en la vida, es un gran bien para la sociedad, ya bajo el punto de vista de la moralidad como del de la paz, que otras causas, otras enseñanzas mantienen el principio de autoridad y el espíritu de sumision interior.

«Aprendí en el regimiento lo que no se aprende en ninguna otra parte, me decia en 1820 un capitán de la guardia imperial retirado en su pueblo, aprendí el respeto.

«El Catolicismo es la mas grande, la mas santa escuela de respeto que tuvo jamás el mundo.» (GUIZOT, *Méditations et études morales*, p. 70 et 71).

Mr. Guizot decia en otro lugar:

«¡La religion! ¡ la religion! ella es la vida de la humanidad en todos lugares, salvo algunos dias de terribles crisis y de odiosas decadencias. La religion sirve para sostener ó colmar la ambicion humana; la religion sirve para sostenernos á nosotros ó para apaciguar nuestros dolores, sean estos inherentes á nuestra condicion ó á nuestro espíritu. En vano se lisonjeará la política, aun la mas justa y la mas fuerte, de consumir sin la religion una obra semejante. Cuanto mas vivo y extenso será el movimiento social, menos bastará la política para dirigir á la humanidad agitada. Se necesita un poder mas alto que los poderes de la tierra, perspectivas mas dilatadas que las de la vida, se necesita Dios y la eternidad.»

que nada queda en pié; de un alma incrédula, arrebatada al mismo tiempo por las grandes tristezas de la vida, con el estado de las almas donde el Catecismo cristiano ha depositado todas las luces y todas las certezas de la fe; ¿no se nos ofrece entonces ocasion de repetir con Bossuet: «¡Qué estado, y qué estado!»

El ilustre y desgraciado Jouffroy describió con una sinceridad y elocuencia que hablan al alma estos dos estados que él ¡ay! habia conocido por experiencia propia:

«Era á la edad de veinte años cuando yo principiaba á ocuparme de filosofía; nacido de padres piadosos y en un país en que la fe católica estaba aun en todo su vigor, en el principio de este siglo, habíame acostumbrado á meditar sobre el porvenir del hombre y el asunto de su salvacion como el gran negocio de mi vida, de suerte que toda mi educacion contribuia en mí á fortificar tan serias disposiciones. Por mucho tiempo las creencias del Cristianismo habian correspondido perfectamente á todas las necesidades y á todas las inquietudes que semejantes disposiciones echan en el alma. Las cuestiones que eran para mí las únicas que merecian ocupar al hombre, la Religion de mis padres las dejaba resueltas; yo creia en estas resoluciones, y gracias á mis creencias, la vida presente era para mí muy clara, y mas allá de la vida veia deslizarse sin nubes de ninguna especie un porvenir inmortal. Tranquilo sobre la ruta que yo tenia que seguir en este mundo, tranquilo sobre el fin que debia conducirme al otro, yo com-

«prendia la existencia en sus dos fases, comprendia  
«la muerte que une estas dos fases, y me compren-  
«dia á mí mismo, conociendo los designios de Dios  
«sobre mí, y amándole por la bondad de estos desig-  
«nios : en una palabra ; yo era feliz con esa felicidad  
«que da una fe cierta y robusta, y una doctrina que  
«responde á todas las grandes preguntas que pueden  
«interesar al hombre.»

Hé aquí la seguridad, la certeza, la luz, la paz, la fuerza, el placer de un alma nutrida por las enseñanzas cristianas, marchando con fe en medio de estos resplandores al fin de la vida. Por el contrario, privada el alma de estas verdades, desprovista de esta fe ; cuando ella siente la duda, la incertidumbre, el vacío en torno suyo,—¡ay! ¡ cuántas almas se encuentran hoy en este estado!—¡ qué situación tan triste y tan dolorosa ! Hé aquí lo que añade Mr. Jouffroy en el momento en que se consumó y reveló en él esta ruina intelectual :

«Nunca olvidaré la noche de diciembre en que ví  
«romperse el velo que me quitaba á mí mismo el co-  
«nocimiento de mi propia incredulidad. Oigo todavía  
«mis pasos en un salon estrecho y desnudo, en que  
«mucho tiempo despues de la hora del sueño acos-  
«tumbraba á pasearme ; veo todavía aquella luna me-  
«dio velada por las nubes, que alumbraba por inter-  
«valos el frio suelo de aquella habitacion. Las horas  
«de la noche se deslizaban sin que yo me apercibie-  
«se ; seguia con ansiedad mi pensamiento, que de os-  
«curidad en oscuridad bajaba hasta el fondo de mi  
«conciencia, disipando una tras otra todas las ilusio-

«nes que hasta entonces me habian robado el conoci-  
«miento de mi situacion, produciendo en mí el efecto  
«que producen los mas terribles desengaños.

«En vano me asia á estas postreras creencias, que  
«quedan en el fondo de una alma destrozada, como  
«se acoge el náufrago á las últimas tablas de su bu-  
«que ; en vano horrorizado de este desconocido vacío,  
«en el cual iba á flotar, volvia por última vez mi va-  
«cilante mirada hácia mi infancia, hácia mi familia,  
«hácia mi país, hácia todo lo que en tiempos mas fe-  
«lices me era querido y sagrado ; la inflexible corrien-  
«te de mi pensamiento era mas fuerte que todo es-  
«to : padres, familia, recuerdos, creencias, él me obli-  
«gaba á abandonarlo todo. El exámen seguia mas obs-  
«tinado y mas severo, á medida que se acercaba el fin ;  
«yo no me detuve hasta llegar al término de la car-  
«rera... Lo que sucedió despues, no puedo recordar-  
«lo ; solo diré que en mi alma nada quedó en pié. El  
«momento era terrible.»

¡ Terrible ! sí, terribles son las angustias de las al-  
mas que buscan los medios de no intimidarse, cuan-  
do víctimas de una filosofía sofisticada, ú ofuscadas por  
las tinieblas del corazon, mas sensibles aun que las  
del espíritu, les invade la duda, y acaban por encon-  
trarse sin punto de apoyo, sin luz, sin brújula en el  
mar de la vida, inciertas del objeto de todas las cosas,  
no sabiendo ya á qué atenerse ni en qué creer, y plan-  
teándose penosamente á sí mismas este eterno y dolo-  
roso problema : *¿ Qué es la verdad ?*

¿ Qué es la verdad ? hé aquí la soberana pregunta,  
la necesidad suprema de toda inteligencia, y de todo

corazon acá abajo. ¡ La verdad! vosotros, hombres de este siglo, la buscáis penosamente en todas partes, la pedís á todas las ciencias, preguntáis por ella á todas las criaturas. Pues bien, aquí la teneis; está cerca de vosotros, os abre sus brazos. Desde hace diez y ocho siglos la religion de Jesucristo ha resuelto en pocas palabras el problema que vosotros planteais. Yo os reto á que examineis esta solucion sin quedar estupefactos. ¿Tendréis valor para hacerlo? ¿estais resueltos á dar una mirada, á prestar vuestro oido á las soluciones de Jesucristo? ¿ó sois como aquel romano, que despues de haber hecho la pregunta ¿qué es la verdad? volvió la espalda para no oir la respuesta?

Esta respuesta la teneis aquí: aquí está esta verdad cristiana tan grande, tan sencilla, tan digna de ser conocida; aquí está toda entera, libre de oscuridades y de objeciones; fácil, accesible, divina como siempre, y como siempre rodeada de los resplandores y de las seguridades que vosotros anhelais; aquí la teneis, respondiendo á todas vuestras preguntas, satisfaciendo todas vuestras aspiraciones, calmando todas las inquietudes que atormentan á vuestra alma. Hé aquí el libro que pedís. Tomad y leed, para que ninguno de vosotros pueda decirse: Un dia la verdad se me acercó, se templó para mí, y yo ni siquiera me digné mirarla. Entonces seriais de los que aman mas las tinieblas que la luz: *Dilexerunt homines magis tenebras quam lucem.*

Pero no; yo espero mas del buen sentido, de la buena fe y de la buena voluntad de los hombres de mi tiempo.

¿No es admirable ver hasta qué punto hoy las voces mas elocuentes y las mas altas inteligencias de la Francia se coligan para tomar á su cargo la defensa de las verdades religiosas? He citado ya palabras muy bellas y testimonios muy imponentes; sin embargo, no puedo concluir este prólogo sin recordar aquí lo que decia en 1845 el grande historiador, el célebre hombre de Estado, que no ha mucho, defendiendo tan poderosamente la amenazada causa del Pontificado, honraba mas noblemente que nunca los largos años de su vida parlamentaria, Mr. Thiers:

«¡ Si yo tuviese en mis manos el beneficio de la fe, «las abriria sobre mi país! De mí sé decir, que amo «cien veces mas una nacion creyente, que una nacion «sin fe. Una nacion creyente está mejor inspirada «cuando se trata de las obras del espíritu, y es tam- «bien mas heróica cuando se trata de defender su gran- «deza.»

